

sacar la razón de su larga infancia. ¿Pero qué ha acontecido? Las mismas investigaciones continuas, los mismos estudios más profundizados, han hecho reconocer que los mismos grandes hombres habían sido engañados por las más groseras ilusiones; sus invenciones y sistemas se han desvanecido como sueños y fantasmas; sus dificultades mejor examinadas se han convertido en pruebas de la religión que pretendían destruir. Los monumentos transportados desde tan lejos y con tantos gastos para rendir testimonio contra ella han depuesto en su favor; en fin los cálculos más justos y las más exactas observaciones han devuelto forzosamente á la Escritura santa sus orígenes, sus datos, su irrefragable autoridad, que gloriábanse de haber entregado á la irrisión para siempre. ¡Qué confusión para la falsa ciencia! ¡qué triunfo para la Iglesia! Está bien en su derecho, después de esto, de exclamar con el gran Apóstol: «Oh sabios, oh doctos, oh buscadores del siglo, ¿en qué os habeis convertido? *Ubi sapiens, ubi scriba, ubi conquistator hujus sæculi!* Dios ha perdido la sabiduría de los sabios, ha reprobado la ciencia de los más entendidos.» Este oráculo tan claro: *Las puertas del infierno no prevalecerán contra ella*, se ha cumplido, pues, de la manera más brillante. A él solo pertenece toda la historia, y ha llegado á ser un nuevo hecho inmenso que llena el mundo. ¡Luego la Iglesia de Jesucristo es divina! Y porque es divina, ha ido hasta aquí de triunfo en triunfo, y triunfará hasta el fin. El oráculo que se ha cumplido de una manera tan patente en lo pasado, se cumplirá de una manera más patente aún en lo porvenir. En el momento presente, las potestades del infierno están más desencadenadas que nunca contra la Iglesia de Pedro. Italia ha ejecutado sus órdenes, tiene el soberano Pontífice cautivo en el palacio del Vaticano, después de haberle despojado de todos sus recursos materiales, morales y espirituales. A Inglaterra se la ha denunciado como la implacable enemiga de las soberanías temporales. Francia ó al menos la mayoría legislativa de Francia señala al clericalismo,

al ultramontanismo, como el adversario mortal de la patria. Austria muestra á la luz del día sus desconfianzas, más pérdidas tal vez que una hostilidad abierta. Prusia exhala su odio por todas sus voces. Su mal genio, más fuerte ó no menos astuto que Juliano el Apóstata, que ha vencido la Dinamarca, el Austria y la Francia, declárase seguro de vencer á Roma á su vez. Cuenta las horas del papado. Sólo espera para borrarlo de la historia la muerte de Pio IX sucumbiendo bajo el peso de los años. Prusia é Italia, estrechad los tratados que os unen, concertad hábilmente vuestros designios, urdid profundas tramas, tomad infalibles medidas, profetizad bien alto que la Iglesia imperecedera de Pedro vá á caer inevitablemente bajo vuestros golpes. Vosotras seréis vencidas. Las puertas del infierno no prevalecerán contra ella. Jesucristo, el cordero leon, estará con ella hasta la consumación de los siglos. Y á la consumación de los siglos, la eterna separación de los elegidos y de los réprobos, la dicha eterna de los buenos, la desgracia eterna de los malos, serán para ella el triunfo de los triunfos, porque todos los elegidos serán sus hijos, todos los réprobos fueron sus enemigos, y ella será la Jerusalen celeste, la vision beatífica de la paz. ¡Pio IX ha muerto y Leon XIII reina!

Capítulo décimocuarto.—Décimo esplendor de la Fe.—Y cuando yo seré levantado de la tierra todo lo atraeré hacia mí.—(Juan, XII, 32).—Casi al principio de su vida pública, en la misteriosa conversación que tuvo con Nicodemo, príncipe de los judíos, Jesucristo le hizo esta extraordinaria revelación: «Del mismo modo que Moisés elevó la serpiente de bronce en el desierto, del mismo modo es preciso que el Hijo del hombre sea elevado y ofrecido á todas las miradas, á fin de que todo hombre que crea en él no perezca, sino que posea la vida eterna. Porque Dios ha amado tanto al mundo que le ha dado su Hijo único, á fin de que ninguno de aquellos que creen en él perezca, sino que tenga la vida eterna..... Aquel que cree en él no será juzgado..... Aquel al contrario que no cree en él está ya

juzgado: no verá la vida; la cólera de Dios reposa sobre él.»

En una circunstancia solemne, el día de su entrada triunfante en Jerusalem, en presencia de la multitud, Jesús hacía á su Padre esta oracion: *¡Padre mio, glorifica á tu Hijo!* Una voz, descendiendo del cielo, y que la multitud tomó por un trueno, hizo oír estas palabras: *«Yo lo he glorificado y lo glorificaré todavía.»* Entonces Jesucristo exclamó: *«Y cuando yo fuere levantado de la tierra, lo atraeré todo hácia mí mismo.»* Juan el Evangelista añade: *«Y decia esto haciendo alusion al género de su muerte.»* El divino Salvador afirma muy claramente que, como la serpiente de bronce, debía, por la salvacion del pueblo, ser clavado en la cruz, suspendido entre el cielo y la tierra y que así lo atraeria todo hácia él! Decia equivalentemente: *¡Yo, hombre mortal y muerto, yo el divino crucificado, yo lo atraeré todo hácia mí!* En tanto que el poder de los más ilustres emperadores, de los conquistadores más intrépidos se extingue en el sepulcro, cuando estará clavado en la cruz, el suplicio de los esclavos, entonces Jesucristo pretende ejercer una atraccion universal é irresistible. *¡Ved la profecía! Ved el milagro!* Una mirada, una palabra de Jesús era suficiente para conmover profundamente, para subyugar, para encadenar á sus primeros discípulos y apóstoles. Ha atraido hácia sí á Zaqueo, á la Magdalena, á tantos otros. Sobre la cruz atrae al buen ladrón, que fué con él aquel día en el paraíso. Hasta tal punto era la vida de la naturaleza entera, que cuando dió el último suspiro, el sol perdió su brillo, la tierra tembló, las rocas se hundieron, los muertos salieron de la tumba, el velo del templo se rasgó, los sepulcros se abrieron, y muchos santos que estaban dormidos se levantaron. El centurion y los que estaban con él decian: *«¡Este era verdaderamente el Hijo de Dios!»* Jesucristo los habia atraido hácia sí. Tambien en el sepulcro, descendió al Limbo, y salió de él, arrastrando tras sí las almas de los patriarcas y de los justos, que hizo entrar en el cielo. Resucitado, Jesucristo ha atraido hácia él al géne-

ro humano todo entero, las naciones, los pueblos, los reinos, los imperios de todo el universo. Ha barrido de un soplo los ídolos, purificado la religion pública de los errores é infamias que la deshonraban; y despues de haber arrojado á los pueblos de los templos que derribaba, los ha conducido á los nuevos templos, á los pies de sus altares; y se ha apoderado de las adoraciones de la humanidad. Del templo ha penetrado en la sociedad, ha renovado en ella las instituciones, ó mejor dicho, ha reconstituido los elementos, ha introducido en todo el cuerpo social su propia vida, y ha hecho entrar en sus entrañas los principios ignorados, antes de su venida, del derecho, de la justicia y de la libertad. Ha llamado antes que todo á los pequeños; y los pueblos han venido á consolarse rogando y esperando á sus pies. Ha llamado en seguida á los sabios; y el genio, desertando de la escuela de los sofistas y retóricos, ha venido á pensar, á escribir, á predicar por su causa. Ha llamado, en fin, á los Césares; y los emperadores, cediéndole el trono, han exclamado á la faz del universo: *«Sólo hay un Señor y un Amo, este es Jesucristo. ¡Christus regit, regnat, imperat!»* El universo habia llegado á ser y es todavía cristiano, pero dividido forzosamente en dos campos, el campo de los amigos de Jesucristo y el campo de sus enemigos. Restauracion de los unos y ruina de los otros; convencidos están todos de esto. Si, únicamente gracias á la atraccion ejercida por Jesucristo, el mundo ha sido salvado, iluminado, civilizado, devuelto á la libertad, vivificado por la caridad. Si, esta atraccion es de tal modo la vida de las sociedades modernas, que, si ellas pudiesen aislarse bruscamente, convertiríanse en astros errantes, presto extinguidos por el vacío y el frío de los espacios celestes, serian tierras sin sol. Perderian rápidamente toda civilizacion, toda libertad, toda caridad; testigos las saturnales de la Revolución francesa en 1793 y las de la Comuna de París en 1871.

Jesucristo ha atraido hácia él al hombre individual, á la personalidad humana. Ha hecho suyas su inteligencia y su

voluntad; ha hecho suyo su corazón, y hasta su cuerpo, en una palabra, todo su sér.

Su inteligencia.—En efecto, por la fe en Jesucristo, el hombre abdica su razon propia y la funde en la razon superior del Verbo divino. Destruye el molde personal, más ó menos falso y estrecho, para entrar en el molde largo y profundo de que ha salido el Evangelio. Nadie más en la tierra ha obtenido esta suprema dictadura de la inteligencia humana. Los tiranos han oprimido el pensamiento, impidiendo, castigando su manifestacion, pero no lo han gobernado, conquistado, atraído hácia sí.

Su voluntad.—Despues de diez y ocho siglos, millones de hombres sólo quieren lo que quiere Jesucristo. Tienen por única voluntad la voluntad de Jesucristo, y por única ley de su vida su santa ley y las divinas enseñanzas de su ejemplo. Hácense como él dulces y humildes de corazón; toman voluntariamente su yugo, proclamando ante el universo entero que es bueno y ligero. Y para estar enteramente con él, abandonan sus casas, su padre, su madre, sus hermanos, sus mujeres, sus hijos, su patria, etc. Hacen abnegacion entera de sí mismos; crucifican su carne con sus vicios y concupiscencias, castigan su cuerpo y lo reducen á la servidumbre. A fin de asegurar su union eterna con Jesucristo, y al mismo tiempo procurar la salvacion de sus hermanos, suplen en su carne lo que falta á la pasion del Salvador. Están, en una palabra, atraídos de tal modo por Jesucristo, que no vacilan en decir con san Pablo: «Yo estoy clavado en la cruz con Jesucristo; yo vivo, pero no soy yo quien vivo, Jesús vive en mí.» Esta fusion en Jesucristo del sér entero del hombre, se consuma en este stelo en el sacramento de la Eucaristía, en que Jesús se hace nuestra comida y bebida, cuando su carne está confundida con nuestra carne, y su saugre está mezclada con nuestra saugre, y su corazón late contra nuestro corazón, y nuestra alma es animada por su alma. ¡Cuán admirablemente formulada está esta fusion con Jesucristo, este revestimiento entero de Jesu-

cristo, al cual el gran Apóstol convidaba á los primeros fieles: *Induimini Dominum Jesum-Christum*, tambien lo está en estas dos bellas oraciones inspiradas á san Ignacio en la cueva de Manresa: «1. Recibid, Señor, mi libertad toda entera; recibid mi memoria, mi inteligencia, mi voluntad; sois Vos quien me habeis dado todo lo que tengo y todo lo que poseo; os lo devuelvo sin retorno, y lo dejo á la entera disposicion de vuestra voluntad. Dadme solamente vuestro amor con vuestra gracia; yo seré bastante rico; yo no os pido nada más. 2. ¡Alma de Jesucristo, santificadme; cuerpo de Jesucristo, salvadme; saugre de Jesucristo, embriagadme; pasion de Jesucristo, fortificadme; oh buen Jesús, escuchadme; ocultadme en vuestras llagas; no permitais que sea separado de Vos; defendedme de los males; en la hora de mi muerte llamadme, mandadme venir á Vos, á fin de que sea feliz con Vos en los siglos de los siglos!»

Su corazón.—Jesucristo ha atraído el corazón del hombre. Ha conquistado su afeccion y su amor... El amor ha guardado su tumba. Su sepulcro no es solamente glorioso, es amado. Cada dia renace en el pensamiento de una multitud innumerable de sus discípulos. Es visitado en su pesebre por los pastores y los reyes que le ofrecen á porfía oro, mirra, incienso, como á su Rey, su Redentor y su Dios. Una porcion considerable de la humanidad toma su camino y sigue sus pasos en todos los lugares de su antigua peregrinacion, sobre las rodillas de su madre, á las orillas de los lagos, á la cumbre de las montañas, en los senderos del valle, bajo la sombra de los olivares, sobre el Tabor, etc.; espía su sueño y su vigilia; están pendientes de sus labios; cada palabra que ha dicho vibra todavia, y no produce más que amor, virtudes fructificando en el amor. Millares de adoradores se acercan cada dia en espíritu á la cruz, trono de su suplicio y de su triunfo, pónense de rodillas ante él, prostérnanse siempre que pueden sin avergonzarse, y allí besan con un indecible fervor sus ensangrentados piés. Una pasion in-

descriptible le rescuita de la muerte y de la infamia para colocarle en la gloria de un amor que no desfallece jamás, que encuentra en Él la paz, la dicha y hasta el éxtasis. Pide á cada generacion que se levante con los apóstoles y los mártires, y cada generacion responde á su llamamiento. Y este amor, obtenido despues de su muerte, de millones de hombres que jamás le han visto, es antiguo de diez y nueve siglos; y no arde en un solo lugar, sino bajo todas las zonas del globo terrestre, haciendo á todos los tiempos, á todos los hombres, tributarios de un amor que no se extinguirá jamás. Jesucristo es rey del corazon, como es rey de las inteligencias.

Su cuerpo.—Porque el cuerpo, la carne con sus concupiscencias, sus deseos, la corrupcion que engendra, es el obstáculo ó la resistencia invencible, opuesta al ejercicio de la divina atraccion, los atraídos por Jesucristo se han hecho los enemigos encarnizados, los verdugos de su cuerpo. Han inventado contra él, como los tiranos contra los mártires, mil instrumentos ó maneras de suplicio, disciplinas ó cilicios, cruces armadas de clavos, abstinencias, ayunos prolongados, etc., etc. No se han detenido en su santa crueldad, sino cuando el cuerpo ha estado completamente reducido á la servidumbre, segun el lenguaje enérgico de san Pablo. Y lo que es más extraordinario, más divino, es que las carnes más aborrecidas y las más crucificadas son las más tiernas y puras. Tales son las carnes de los Luises de Gonzaga, de las Rosas de Lima, etc., etc. Napoleón el Grande ha hecho sobre esto un comentario, que es un rasgo de génio y una inspiracion sobrenatural á la vez. «Admiráanse las conquistas de Alejandro el Grande, ¿pero qué son comparadas á las de Cristo? Aunque Alejandro hubiera conquistado el universo, sus conquistas fueran pasajeras. Jesús, al contrario, conquista y adhiere no una nacion, sino la raza humana toda entera. Sus conquistas estiéndense durante diez y ocho siglos, y segun toda apariencia se estenderán hasta el fin de los siglos. ¿Y qué toma Jesús de cada hombre? ¿Lo que se gana con más

dificultad! ¡El corazon, el amor! Jesucristo conquistálos á millones desde hace diez y ocho siglos. ¡Alejandro, César, Anibal, jamás han conquistado un corazon humano! ¡Y Cristo! Los corazones de millones de individuos le pertenecen. ¡Desde hace diez y ocho siglos, millones de hombres se han dejado martirizar por él; millones aceptan su yugo, soporan por él las más duras privaciones! ¿Dónde están mis amigos? ¡Dos ó tres mortales dividen mi destierro! ¿Qué abismo entre mi miseria y el reino eterno de Cristo, que es anunciado, predicado, amado, adorado por toda la tierra! Vivirá durante los siglos en millones de corazones. Este reino maravilloso de Cristo prueba superabundantemente su divinidad. Pero, si Cristo es Dios, su Iglesia es divina, manifestamente divina.

Esta atraccion ejercida por Jesucristo sobre las almas es igualmente maravillosa y omnipotente, ya se trate de un alma infiel, ya de una fiel, y sobre todo de una de estas almas escogidas, que Él se digna llamar sus esposas carísimas. Colócase incesantemente al umbral del alma extraviada, y no se cansa de conmoverta. La agita, la estremece, la arranca de los sentidos y del mundo, la subyuga. Libertada en todos sentidos por la mano divina, la pobre alma bien podrá agitarse y tocar todos sus resortes; no le será posible continuar en el sueño que la encantaba. Jesús tiene el poder de despertar y turbar las almas. Cuando las ha despertado y turbado, tiene el poder de penetrar en ellas cuando le place, sin quitarlas su libertad, dejándolas, ó mejor dicho, haciéndolas libres. ¡A menudo la conversion es instantánea! Una exhalacion, una voz que brillando en la nube derrriba á Saulo, y cambia el leon en cordero, el perseguidor en apóstol. Jesús vuelve la cabeza y ve que Pedro acaba de negarle tres veces. Pedro, convertido, va á llorar amargamente en las tinieblas, y sus lágrimas cotidianas ahondaron dos cursos en sus mejillas. ¡Está atraído para siempre! Y cuando el divino Maestro le preguntará si le ama, no vacilará en responder: «Señor, vos subeis que yo os amo.»

¡Qué divina atracción la que arranca cada día á los lazos de la familia estas vírgenes bendecidas, destinadas á seguir al Cordero á donde quiera que vaya, hasta el Calvario, hasta el cielo! Se arrancarán todas jóvenes y risueñas á los abrazos de un padre y de una madre amados, á todas las esperanzas é ilusiones de la vida, para ir á ocultarse en la soledad del claustro... Algunos meses despues, la hora de la toma del hábito ha sonado. Aparecen radiantes en la reja del coro, vestidas como las jóvenes desposadas, cargadas de joyas y encajes, que algunos minutos despues arrancarán y pisotearán, ostentando en su frente el reflejo de una alegría divina, que les da un conocimiento entero de Aquel á quien se ha dado su corazón. Cuando despues de uno ó dos años de pruebas definitivas acaban por última vez por pronunciar los votos irrevocables; cuando su voz se eleva en el silencio de la asamblea santa para decir: ¡Mi amado está en mí, yo estoy en él! no es solamente la alegría, es el entusiasmo el que hace latir su corazón, y el que descubre, en la emoción de su voz, la pasión que las transporta. Y es Jesucristo muerto sobre la cruz quien ejerce esta atracción milagrosa. Sí, Jesucristo levantado de la tierra lo atrae todo hácia sí.

En estos tristes siglos en que la indiferencia universal pedia una gracia todopoderosa que despertase y vivificase á las almas, en que la impiedad estremeciéndose por doquiera hacia sentir la necesidad de un nuevo lazo que uniese con Jesucristo á los hombres, en que las violencias desencadenadas de la herejía desolaban la Iglesia y la arrancaban millares de hijos, en que los crímenes que clamaban al cielo hacían necesarias una gran expiación y una gran reparación, Jesús aparecióse á Margarita María Alacoque, y la llamó en primer lugar su prometida, despues su esposa. Descubriéndola su corazón le dice: «¡Hé aquí el corazón que tanto ha amado á los hombres, que nada ha perdonado hasta agotarse y consumirse para manifestarles su amor!... Yo te pido que el primer viernes de la octava del Santísimo Sacramento sea dedicado á una

fiesta particular para honrar mi corazón, haciéndole reparación y pública retractación de los ultrajes que ha recibido en el sacramento de mi amor... Te prometo que mi corazón se dilatará para derramar con abundancia las influencias de su divino amor sobre aquellos que le presten este obsequio.» Ved, en fin, que, bajo el glorioso pontificado de Pío IX, la voz de la humilde virgen de Paray-le-Monial ha sido plenamente oída. El mundo celebra con pompa la fiesta del Sagrado Corazón. La Iglesia católica en su conjunto, la Iglesia de Francia en general, cada diócesis de Francia en particular, la ciudad de París de una manera completamente especial, han sido solemnemente consagradas al Sagrado Corazón de Jesús. Margarita María ha sido elevada sobre los altares; su sepulcro, que ha llegado á ser glorioso, atrae millares de peregrinos que oran con el fervor de los primeros cristianos; y hé aquí que en el seno de la gran Babilonia moderna, en la cumbre de la santa colina de los mártires, antiguos y modernos, vá á alzarse la inmensa basílica del Sagrado Corazón, de lo alto de la cual Jesucristo agradecido atraerá de nuevo hácia él los corazones de nuestra bella patria.

Es, pues, verdad que la profecía, que el milagro, que el imposible se han convertido en inmensas realidades. Levantado de la tierra, Jesucristo lo ha atraído todo hácia sí: Jesucristo, siempre viviente en su muerte, se ha impuesto al mundo. Al cesar de vivir ha comenzado á reinar. Del fondo de su sepulcro, ó más bien de lo alto de los cielos, remueve el mundo y subyuga la humanidad. Luego es Dios y su religion divina. ¡Esplendor!

Capítulo décimo quinto. — Undécimo esplendor de la Fe. — Conocerán todos que sois mis discípulos, si tuviereis caridad entre vosotros. — (Juan, XIII, 35). — El divino Salvador hace la última Cena con sus apóstoles: se ha levantado de la mesa, ha depuesto su ropaje, cñe sus lomos con un lienzo y ha lavado los pies á los doce, aun á Judas. Les ha dado la última prueba de su infinito amor, su cuerpo

para comer y su sangre para beber... Turbado su espíritu, con el corazón lleno de angustia, les anuncia que uno de ellos vá á venderle. Esta revelacion hace salir á Judas, y habiendo quedado solo Jesús con los once, les dice: «Hijos, un mandamiento nuevo os doy, que os améis los unos á los otros... así como yo os he amado. En eso conocerán todos que sois mis discípulos, si tuviérais caridad entre vosotros.» Un poco más tarde en el adorable discurso de la Cena, Jesucristo dirá á su Padre: «Que aquellos que me has dado sean uno, uno como yo soy uno; que sean consumados en la unidad, á fin de que el mundo conozca que eres Tú el que me has enviado.» De este modo ha hecho Jesucristo dos veces de la caridad hácia el prójimo un esplendor de la Fe.

El apóstol san Pedro ha sido más explícito todavía, porque ha dicho: «La voluntad de Dios es que cerreis la boca á las objeciones de los ignorantes é insensatos, haciendo bien á toda criatura.»

El oráculo es, pues, que la Iglesia de Jesucristo debía resplandecer por una caridad sin límites, por una fusion entera de corazones y de las almas. Y en efecto, conociáse á los primeros cristianos por esta señal, que eran un solo corazón y una sola alma. Esta caridad debía abrazar todas las miserias y todos los dolores; pues bien, es en efecto en el seno de la Iglesia católica, apostólica, romana, donde la caridad ha sido superabundante, y donde ha tomado en sus excesos todas las formas imaginables. Luego la Iglesia católica, apostólica, romana, es la verdadera Iglesia de Jesucristo. San Pablo decía ya: «¿Quién sufre sin que sufra yo con él?» Digamos antes que todo lo que esta caridad debía ser, enumerando sus reglas, sus obras, sus cualidades, su perfeccion, su coronamiento.

1.º Reglas de caridad evangélica.

Primera regla: *No hagais á los otros lo que no quisierais que se os hiciese.*

Segunda regla: *Haced á los otros lo que quisierais que se os hiciese.*

Tercera regla: *Amarás á tu prójimo como á tí mismo.* (Math., XXII, 39). El amor que tenemos por nosotros es real, activo, eficaz; quisierámos comunicarlo á todos, ó que todos nos amasen tan cordialmente como nos amamos á nosotros mismos. El amor que nos profesamos á nosotros mismos es tierno: nos hace sensibles á todos nuestros males y nos hace creer que jamás son pequeños; nos oculta nuestros propios defectos y persuádenos de que jamás son grandes. Nuestro amor por el prójimo debe, pues, también hacernos sensibles á sus menores penas, y hacernos cerrar los ojos á sus mayores defectos: regla verdaderamente divina, cuya idea jamás tuvieron los sabios de la antigüedad. Un príncipe pagano, muy ilustrado, á quien se le revelaba por primera vez, no vaciló en proclamar divina la religion que lo enseñaba y que por milagro lo predicaba.

Cuarta regla: *Amad á vuestros enemigos; haced bien á los que os aborrecen, y rogad por los que os persiguen y calumnian.* (Math. V, 44.)

Quinta regla: *Amad al prójimo, ó al menos esforzaos en amar al prójimo, como Jesucristo os ha amado.* «Amaos los unos á los otros como yo os he amado» Regla sublime, cuya práctica constituye una perfeccion eminente, el heroísmo de la caridad. Este es, propiamente hablando, el mandamiento nuevo que sólo un Dios podía traer al mundo, cuyo ejemplo solo podia hacernos imitar un Dios. Porque Jesucristo nos ha amado: 1.º sin ningun interés de su parte y sin ningun motivo de la nuestra, no solamente cuando, pecadores, no éramos de ningun modo amables, sino cuando éramos soberanamente aborrecibles. Nos ha amado más que á sí mismo, puesto que se ha como aniquilado por nosotros, y ha derramado su sangre hasta la última gota, diciendo san Juan (1.º Epíst., III, 16): «Pues que Jesucristo nos ha manifestado su amor, dando su vida por nuestros hermanos.» El apóstol de la caridad añade:

«Hijos míos, amaos los unos á los otros, no amemos de palabra ni de lengua, sino de obra y de verdad. En esto conocemos y se conocerá que somos de la verdad... Nosotros hemos sido transportados de la muerte á la vida, porque amamos á nuestros hermanos... Aquel que ama, cumple la ley... Si amais, esto basta...»

Jesucristo ha recomendado de nuevo la caridad á sus discípulos bajo otra forma: «Sed misericordiosos como vuestro Padre celestial es misericordioso.» La misericordia, piedad del corazón por la miseria del prójimo, y las obras de la misericordia son recomendadas en estas palabras de la última sentencia: «Venid, benditos de mi Padre, poseed el reino que os he preparado desde el principio. Porque tuve hambre y me disteis de comer; tuve sed y me disteis de beber; no tenia asilo y me recogisteis; estaba desnudo y me vestisteis; estaba enfermo y me visitasteis; estaba prisionero y vinisteis á verme.» Las obras de caridad y misericordia son de dos clases: corporales y espirituales. Las primeras en número de siete son: 1.° visitar los enfermos; 2.° dar de comer al que tenga hambre; 3.° dar de beber al que tenga sed; 4.° vestir á los desnudos; 5.° dar hospitalidad á los que no tienen asilo; 6.° visitar y socorrer los enfermos; 7.° enterrar los muertos. Las segundas tambien en número de siete son: 1.° enseñar á los ignorantes; 2.° dar buenos consejos á los que los han de menester; 3.° corregir á los que van errados; 4.° perdonar las injurias; 5.° consolar á los tristes; 6.° soportar los defectos del prójimo; 7.° rogar á Dios por los vivos y por los muertos.

La caridad cristiana debe además estar revestida de las cualidades ó llenar las condiciones que san Pablo enumera con una complacencia inspirada en este sublime pasaje: «Si yo hablare todas las lenguas de hombres y de ángeles, y no tuviese caridad, soy como metal que suena ó campana que retine. Y si tuviere el don de profecía, y supiere todos los misterios y cuanto se puede saber, y si tuviere toda la fe de manera que transportase los montes... y si entregase todo mi cuerpo para ser quemado... si no tu-

viese caridad, nada me aprovecha. La caridad es paciente, es dulce y benigna; no es envidiosa, no es temeraria y precipitada, no se hincha de orgullo, no es celosa, no busca sus propios intereses, no se irrita, no piensa el mal, no se regocija de la injusticia y de la mentira, sino que se regocija de la justicia y de la verdad. Lo soporta todo, lo cree todo, lo espera todo, lo sufre todo. Las profecías se desvanecerán, las lenguas cesarán, la ciencia será abolida, la Caridad no acabará jamás. La Fe, la Esperanza y la Caridad son tres cosas excelentes, pero la más excelente es la Caridad! La Fe pasará, la Esperanza pasará, pero la Caridad sola permanecerá.»

En fin, Jesucristo ha resumido toda su doctrina en esta palabra inefable: «Aprended de mí; que soy dulce y humilde de corazón.» La dulzura es la perfeccion, el barniz, la flor, la unción de la caridad. La humildad es el fundamento, el medio, la salvaguardia de la caridad. En todas sus formas y en todos sus grados de perfeccion, la caridad es la virtud sobrenatural por la cual amamos al prójimo por amor de Dios, de suerte que, segun el sentir de santo Tomás, el amor de Dios y el amor al prójimo no forman más que un sólo y único hábito ó disposicion del alma, capaz de actos diferentes. Interrogado sobre los mandamientos de la ley, el divino Salvador respondió: «El primero es el más grande de los mandamientos: Amarás al Señor tu Dios de todo corazón, con toda tu alma, con todas tus fuerzas, con todo tu espíritu.» El segundo es semejante al primero: «Ama á tu prójimo como á tí mismo.» El motivo ó razon del primer mandamiento es el mismo Dios. El motivo del segundo es Jesucristo, Dios encarnado en la humanidad, en el hombre, pero encarnado de una manera particular en el pobre. «Tuve hambre y me disteis de comer; tuve sed y me disteis de beber... Lo que habeis hecho al más pequeño de los míos, me lo habeis hecho á mí mismo.»

No es esto todo todavía, y hé aquí el coronamiento indispensable de la caridad evangélica. Es menester que

obre sin cesar, pero tambien que se oculte. «Guardaos, dice Jesucristo, de hacer vuestras buenas obras ante los hombres para atraer sobre vosotros sus miradas, sin lo cual perderéis vuestra recompensa. Cuando hagais la limosna, que vuestra mano izquierda ignore lo que hace la derecha, á fin de que vuestra limosna permanezca en el secreto y que vuestro Padre que vé en el secreto os la vuelva.» Ved la caridad evangélica en todo su esplendor divino, sus reglas, sus obras, sus exquisitas cualidades, sus motivos, su perfeccion ó su coronamiento.

Y en efecto, la señal por la cual, desde las primeras edades de la Iglesia, se reconocia á los cristianos, era su fraternal caridad. Por sus buenas obras es con lo que, según la voluntad de Dios, cierran la boca á aquellos que blasfeman lo que ignoran. Se les señala con el dedo diciendo: «¡Ved cómo se aman!» Eran un solo corazon y un alma sola ¡ved cuán grande es su solicitud por los pobrest San Pacomio, fundador de la vida cenobítica, cuando era aun soldado, de paso en una ciudad cristiana, llenóse de admiracion al ver los dones voluntarios que un gran número de habitantes hacian á los pobres. Preguntó quiénes eran estos ángeles de caridad, y se le respondió que eran cristianos. Al instante eleva las manos al cielo y hace juramento de abrazar el cristianismo. La viuda y el huérfano, el anciano sin apoyo y el infortunado vestido de harapos son el objeto no solamente de la compasion y del amor del cristiano, sino tambien de su respeto y veneracion. La Iglesia es la que ha enseñado á los príncipes y reyes á lavar y besar los piés de los pobres, de los que ha sido siempre nodriza y madre. Cuantos más tesoros tuvo, tanto más pródiga fué en su favor; construia para ellos magníficos hospicios é institua órdenes religiosas de ambos sexos, para alimentarles, aliviarles en sus necesidades, cuidarles en sus enfermedades, consolarles en sus dolores. Hoy, indigente y pobre ella misma, solicita al menos la piedad pública en favor de sus hijos que sufren; ella gime, hace oír el potente grito salido de sus entrañas

maternales; armada de todos sus medios de autoridad y persuasion, no cesa, de lo alto de sus púlpitos, de amenazar á los ricos avaros é insensibles, de invitar á nuevos esfuerzos, á nuevos sacrificios, á los ricos caritativos y misericordiosos...

En resúmen, desde los primeros días del Cristianismo, y este es uno de los hechos más brillantes de la historia, se han visto surgir una multitud de héroes de la humanidad regenerada, que á porfia han observado fielmente todas las reglas de la caridad evangélica, practicando todas las obras de misericordia corporal y espiritual con el lujo divino de las delicadas cualidades que san Pablo enumera tan complacientemente, sellándola con este sello de humildad y dulzura, cuyo ejemplo nos ha dado el divino Salvador, haciéndola exhalar este dulce perfume de modestia tímida que se oculta á sí misma el bien que hace. Y no son solamente héroes de la caridad los que el Catolicismo ha hecho, son generaciones de héroes que suceden incesantemente á su santo fundador, y que continúan el glorioso apostolado de su caridad sin límites.

Despues de haberla admirado en teoría, veamos cómo algunos de sus más bellos modelos la han practicado en un grado heroico.

San Pablo.—Celador ardiente de la secta de los Fariseos, no conocia otros amigos que los de su partido y de su raza; perseguia con furor todo lo que se desviaba de las tradiciones de sus padres. Pero cuando adoró á Jesucristo ¡ved cómo se ensanchó su corazon! «No hay ya, esclama, distincion de judío y de gentil, de circunciso é incircunciso, de griego, bárbaro, escita, de hombres esclavos y hombres libres; no hay más que Jesucristo; está todo en nosotros, y todos estamos en él. Yo me debo por su amor, no á un pueblo, no á una secta, sino á todos los pueblos civilizados y salvajes, á todos los hombres sabios é ignorantes, prudentes é insensatos. La caridad de Jesucristo me consume. Yo llevo en mi seno y en mis entrañas todo lo que ha rescatado con su sangre.

Yo derramaría voluntariamente toda la mía por el habitante más desconocido de la región más lejana del universo. De libre que era, me he hecho esclavo de todos; recorro toda la tierra para servir á mis semejantes, llorando con los que lloran, regocijándome con los que se regocijan, sufriendo, sin quejarme, el hambre, la sed, la desnudez, las fatigas extremas y las más crueles persecuciones, olvidándome de mí mismo y haciéndome todo en todos, para reunirlos á todos bajo la dulce ley del Dios de misericordia y amor.»

San Juan el Evangelista.—Bebió la caridad sobre el pecho de Jesucristo que lo hizo dulce y humilde de corazón como él. ¡Cuán admirable es cuanto nos dice en su primera epístola! «Carísimos, amaos los unos á los otros porque la caridad es de Dios. Aquel que ama ha nacido de Dios y conoce á Dios. Aquel que no ama no conoce á Dios, porque Dios es amor. Si alguien dice: Amo á Dios y aborrece á su hermano, miente, porque *¿cómo aquel que no ama á su hermano á quien vé, amarás Dios que no vé?*» Sentencia divina, pero terrible, que se explica por esta solemne palabra de Jesucristo: «Lo que hagais al más pequeño de los míos, me lo haréis á mí mismo.» En sus últimos años, llevado á la iglesia en brazos de sus fieles, impotente para dirigirles largas exhortaciones, contentábase con decir: «Hijos míos, amaos los unos á los otros.» Y cuando se le hacía alguna dulce acriminación, porque no tenía en el corazón y los labios más que estas palabras, respondía: «Este es el precepto del Señor; si lo cumplís, esto basta!» A la edad de ochenta años, supo que un jóven neófito confiado por él á la solicitud paternal del obispo de Éfeso había llegado de exceso en exceso á hacerse jefe de una turba de bandidos, viviendo con ellos de rapiñas y asesinatos, sobre una montaña escarpada y cubierta de bosques. Al instante, Juan monta á caballo, toma un guía y se dirige precipitadamente hácia la guarida de los bandideros. Conseguido su objeto, baja del caballo, despide á los que le acompañaban y se interna en las malezas. De-

tenido muy pronto por los centinelas avanzados, pide que se le conduzca á la presencia del jefe de la banda. Al reconocer á Juan, echó á correr aquél; pero Juan le persiguió, gritándole: «¿Por qué huyes de tu padre, enviado para buscar la oveja extraviada y devolverla al redil?» No pudiendo resistir á sus apremiantes instancias, el jóven se detiene, abraza, llorando, al santo anciano, que lo estrecha con amor sobre su corazón, lo lleva consigo y lo reconcilia con Dios.

San Nicolás, obispo de Mira.—Ha merecido, por la inocencia de su vida, por su piedad, por su tierna compasión por los pobres, ser el modelo y patrono de la infancia y de la juventud cristiana. La muerte prematura de sus padres habíale hecho amo absoluto de su suerte y poseedor de una herencia inmensa. Convirtió ésta en el tesoro de los pobres. Buscaba las necesidades ocultas, las miserias tímidas y las aliviaba en secreto. Nada más conmovedor que las santas astucias, las amables industrias de que usaba para ocultar, no solamente á las miradas extrañas, sino también á los objetos mismos de sus larguezas, el origen de lo que se distribuía entre ellos, para que sólo pudiesen dar gracias á Dios, del cual se hacía ministro invisible. Dos virtuosas hermanas á quienes no había podido dotar un padre en otro tiempo rico, pero reducido, por una série de desgracias, á una gran indigencia, habían recibido de esta mano desconocida sumas que las procuraron honrosos casamientos. Una tercera hermana, no menos digna de interés que sus primogénitas, concibió la esperanza de ser también favorablemente tratada á su vez. Una tercera bolsa, arrojada de improviso por la abierta ventana, no se hizo esperar. Pero esta vez el misterioso bienhechor fué apercibido, y no pudo escapar al agradecimiento que había cludido por tanto tiempo. Súpose desde entonces á quién atribuir cien otras secretas liberalidades, cuyo autor en vano se había tratado de descubrir.

San Paulino, obispo de Nola.—San Agustín ha dicho de

él: «Id á Campania, ved á Paulino, este hombre tan grande por su nacimiento, por su géneo, por sus riquezas! Ved con qué generosidad este servidor de Dios se ha despojado de todo para no poseer más que á Dios! ved cómo ha renunciado al orgullo del mundo, para abrazar la humildad de la cruz! ved cómo emplea de pronto en alabar á Dios estos tesoros de ciencia, que son perdidos cuando no se les consagra á estar á Aquel que los ha confiado!» Un día, no teniendo nada que dar, se vendió él mismo para volver la libertad al hijo de una pobre viuda! Hecho prisionero por los godos, decía á Dios con simplicidad: «No permitais que se me atormente por el oro y la plata; vos sabeis en qué he colocado todo lo que me habeis dado.»

San Juan el Limosnero, obispo de Alejandría.—Apenas fué puesto en posesion de su prelacia, reúne á los ecónomos de su Iglesia y les dice: «¡Id por toda la ciudad é inseribid con cuidado los nombres de nuestros señores y amos!» Elles le preguntaron con admiracion cuáles eran sus señores y amos. «¡Estos son, contesta, los que vosotros llamais *pobres!*» Encontráronse más de siete mil, á los cuales hizo dar limosna todos los días. Ved su testamento: «¡Yo os doy gracias, ó Dios mio, porque habeis escuchado mi oracion, y porque no me resta más que un tercio de sueldo, aunque en mi ordenacion hubiese encontrado en la casa episcopal de Alejandría cuatro mil libras de oro, además de las sumas innumerables que he recibido de los amigos de Cristo!...

San Juan Gualberto.—Un día de Viernes Santo, encontrando en un pasaje estrecho al matador de su hermano, puso mano á la espada y quiso pasarle de parte á parte. Pero aquél arrojóse á sus piés, y con los brazos en cruz conjuróle en nombre de Jesucristo que no le quitase la vida, Conmovido de lo que veía, Juan tiende la mano al asesino y le dice: «Yo no puedo rehusaros lo que me pedís en nombre del Dios Salvador; yo os concedo no solamente la vida, sino tambien mi amistad;» y le abrazó tiernamente. Convertido en fundador de la órden de Val-umbro-

sa, Juan hizo su principal virtud de la caridad hácia los pobres; no veía á ningunos de estos sin darles limosna; y á menudo le aconteció vaciar las dispensas de sus monasterios para aliviar á los indigentes. Dios permitió que en una gran carestia multiplicase milagrosamente las provisiones del convento de Rozzuolo, al que los pobres acudían de todas partes.

Santa Isabel de Hungria.—El castillo de Marburgo que habitaba estaba edificado sobre una escarpada roca, y los dolientes no podían llegar á él. Mandó construir al pié dos hospitales, en que todos los enfermos y los pobres eran recogidos. Visítalos frecuentemente y se empleaba en los servicios más humillantes y penosos. Todos los días distribuía á su puerta abundantes limosnas, en dinero y en provisiones, á novecientos indigentes, de suerte que sus rentas eran verdaderamente el patrimonio de los pobres. Prudente en su caridad excesiva, hacia trabajar á los que podían, de una manera proporcionada á su fuerza y habilidad. Despojada de sus Estados y fortuna, reducida á faltarle lo necesario, tendió la mano sin vergüenza y vivió de limosnas. Cuando más tarde su despojado, su verdugo, convertido á los sentimientos de justicia y bondad, la suplicó que le perdonase el mal que le habia hecho, por toda respuesta se arrojó en sus brazos, regándole con sus lágrimas y exclamando: «Yo no quiero, ni vuestros castillos, ni vuestras ciudades; dadme solamente lo que me es debido para remediar las necesidades de los pobres.» Al recibir los quinientos marcos de plata que el duque de Henry le enviaba, hizo los distribuir á los pobres por una sola vez y el mismo día. Habia hecho publicar por todas partes, á veinticinco leguas en torno de Marburgo, que todos los pobres se reuniesen en el día fijado en una llanura, cerca de Wherda. El día indicado, muchos millares de mendigos, lisiados, enfermos, encontráronse reunidos. La misma Isabel presidió á la reparticion de sus arras, pasando de fila en fila, sirviendo á cada pobre, ceñida su cintura con un lienzo, como quien hubiera servi-

do á Jesucristo. Por la tarde, sabiendo que los más débiles debían pasar la noche al descubierto, ordenó que, despues de haber encendido grandes fuegos, se les lavase los piés y se les perfumase. Al oírlos cantar, gozosos por tantos agasajos, exclamó: «Bien os lo habia dicho; es preciso hacer á los hombres tan felices como es posible.» Y corrió para tomar parte en su alegría.

San Juan de Dios, fundador de los Hermanos de la Caridad.—Convertido por Juan de Ávila, púsose á correr por las calles de Granada, arrancándose los cabellos, con tal desesperacion, que el populacho, creyéndolo loco, le perseguía á pedradas y bastonazos. Vuelto en sí, cubierto de sangre y lodo, dió á los pobres todo lo que tenia, y se redujo á una carencia absoluta. Llamado por el santo religioso, cuya voz habia conmovido su corazon á la práctica de la caridad, se procuró algunos recursos en el comercio de madera, y alquiló al instante una casa para recibir los pobres enfermos. Remediaba sus necesidades, pasaba el día á la cabecera de sus lechos, y empleaba las noches en transportar nuevos dolientes. Un día que se prendió fuego á su hospital, vivamente alarmado del peligro que corrían sus queridos enfermos, tomólos sucesivamente de dos en dos y los sacó á través de las llamas. Éstas parecían extinguidas al contacto de la caridad ardiente que abrasaba su corazon, y ni él ni sus enfermos fueron alcanzados por ellas. Su caridad no se concentraba en su hospital; penetrado de doloral solo pensamiento de que los infortunados no tenían lo necesario, hizo hacer una indagacion exacta de todos los pobres de la provincia, y remedió sus necesidades, enviándoles víveres á domicilio y procurándoles trabajo. Un día que el arzobispo de Granada le reprehendia por haber recibido en su hospital á vagamundos y hombres de mala vida, respondió con un candor admirable: «¿Yo no conocia en mi hospital á otros pecadores que á mí, que soy indigno de comer el pan de los pobres!» Sus religiosos, que van de puerta en puerta pidiendo limosna y diciendo: *Hermanos míos, hacéd*

bien por amor de Dios, son conocidos en Italia bajo el nombre de ¡Fate Bene, Fratelli!

Santo Tomás de Villanueva.—Muy pequeño aún daba ya su desayuno á los pobres, y sus vestidos á los que tenían frío. Llegó más de una vez á su casa sin vestido, sin chaleco, sin sombrero y sin zapatos. Si se le hubiese escuchado, hubiera dado su almuerzo por contentarse con pan seco. A la muerte de su padre, dió toda su herencia á los pobres, hizo de su casa un hospital, y entró en la orden de Ermitaños de san Agustín. Nombrado arzobispo de Valencia, hizo el camino á pié con su gastado hábito de monje. El cabildo, que conocia su pobreza, hizole el presente de cuatro mil ducados para sus muebles y alhajas; los recibió, pero fué para darlos al hospital que estaba sobrecargado de pobres. Guardó su hábito monástico y lo remendó él mismo, como queria la regla. De los diez y ocho mil ducados que daba el arzobispado de Valencia, consagraba trece á obras de caridad. Velanse quinientos pobres á su puerta todos los días, y todos recibían, con una porcion de pan y vino, una moneda. Contribuia al dote de las jóvenes que se casaban. Pero su ternura particular era por los huérfanos; recompensaba á aquellos que se los llevaban. Antes de morir, quiso que se diese á los pobres todo lo que quedaba de dinero y sus muebles. Y porque, despues de haber dado largamente á todos, sus servidores llevaronle todavia mil quinientos ducados, él les echó en cara el retardar su bienaventurada muerte. «¡Id, les dijo, concludid la tarea á fin de que no viva más tiempo.» Cuando volvieron, exclamó: «Ahora marcharé alegre al combate, no teniendo nada por lo cual el enemigo pueda retenerme.» Sabiendo al mismo momento que un pobre padre de familia, conserje de la cárcel, no habia tenido parte en la distribucion de sus bienes, lo mandó venir, le pidió perdon de este olvido, le dió el lecho sobre el cual estaba acostado, é hizo señal de que se le pudiese en tierra para que se lo pudiese llevar. Como nadie quiso obedecerle, el santo volvióse hacia el padre de

familia, y le rogó en nombre de Jesucristo, que le concediese el uso de la cama hasta su muerte. ¡Esplendor!

San Luis Gonzaga.—Este santo jóven pertenecía más al cielo que á la tierra; se necesitaba todo el santo rigor de la obediencia para arrancarle de sus íntimos entretenimientos con Dios, y sin embargo mereció que el papa Benito XIII le rindiese este glorioso testimonio. «Sería preciso emplear las más magníficas palabras para ensalzar dignamente la caridad de Luis de Gonzaga, porque ella atestiguaba el más alto grado á que se puede llegar.» Brilló sobre todo cuando, despues de la carestía, la peste se declaró en la ciudad de Roma, é hizo en ella tan numerosas víctimas. Aunque este jóven apenas podía ponerse en pié, ¡tanto las mortificaciones que practicaba le habian debilitado! pidió y obtuvo de sus superiores el permiso de visitar á los apestados, de llevarlos en sus espaldas, lavarles los piés, animarles, ir mendigando de puerta en puerta para los hambrientos, etc. Atacado él mismo del contagio en este ministerio de caridad, murió á la edad de unos veintitres años.

San Vicente de Paul.—Una piedad rara, la pureza sin mancha de sus costumbres, la solidez y la penetración de su espíritu, el candor de su alma, una ternura por los pobres, que le hacia dividir con ellos lo que apenas bastaba á sus propias necesidades, un amor ardiente por la casa del Señor, un celo prematuro por su gloria, manifestaron los secretos designios de la divina Providencia, y bajo los harapos del jóven pastor, ocultaban al buen pastor... Jamás hubo corazón más sensible que el suyo á las miserias humanas; lenia el genir de la beneficencia y lo supo comunicar á los otros.

Por doquiera pasará Vicente, el infortunio y el dolor se verán como obligados á huir... Dios, que lo ha establecido de una manera completamente especial el ministro de su caridad y el depositario de sus dones en este suelo, le ha dado autoridad sobre todos los corazones, derecho y acción, por decirlo así, sobre todas las fortunas, de suerte

que es imposible rehusarle nada de lo que pide en calidad de proveedor y ecónomo de los pobres... Diríase verdaderamente que todo está á disposición del hombre de Dios, y que ha recibido como el alto dominio de todos los bienes... También ¿qué es lo que él no podrá? ¿Lo que no podrá ningún soberano! Alimentar la población entera de cuatro grandes provincias! Luchar contra los azotes reunidos de la guerra, del contagio, del hambre y vencerlos! Prover durante veinte años consecutivos todas las necesidades de veinticinco ciudades y un número décuplo de villas y pueblos! Hacer distribuir diariamente en ochenta lugares de su residencia, víveres, remedios y vestidos á todo un pueblo desnudo, enfermo y hambriento! Ser, en una palabra, para los habitantes de una notable parte de Francia lo que la divina Providencia es para el universo! ¿Qué sería si contásemos los hospitales, los refugios, los asilos, etc., que ha abierto á todas las edades, á todas las debilidades humanas? ¿Y si le mostrásemos resolviendo con un pleno éxito hasta el fin de sus días el problema, insoluble para todos los gobiernos, de la abolición de la mendicidad? Probando así que la religion puede únicamente lo que será siempre imposible al poder humano, porque éste emplea el celo mercenario que trata de enriquecerse, y aquélla la caridad generosa que trata de despojarse.

La Hija de la Caridad.—Es la obra maestra de san Vicente de Paul que, á imitación de Dios, tomó el limo de la tierra, lo labró y le comunicó su espíritu. Enseñóle de una vez los tiernos cuidados que reclaman los dolores y los tedios de la enfermedad, las dulces insinuaciones que consuelan y confortan á los moribundos, la atenta solicitud que adivina las necesidades, la diligencia que previene los deseos, el celo que triunfa del hastío, la paciencia que no exasperan ni la ingratitud, ni los murmullos injustos; el arte tan útil de preparar con sus propias manos los remedios, de aplicarlos con discernimiento, de curar delicadamente las heridas, de sanar las enfermedades; el arte de tartamudear con la infancia para formarla en la

ciencia y la virtud, de inspirar la fe á los pobres aliviando sus miserias, de hacer de este modo una doble limosna á la vez al alma y al cuerpo, etc. Escuela de un género nuevo, en que la misma caridad engendra madres para los huérfanos, institutrices para las jóvenes pobres, médicos para los enfermos, mujeres económicas para la indigencia, consoladoras para todos los dolores, etc. Y despues de dos siglos, esta enseñanza de san Vicente de Paul es tan viva, más viva que el primer día. La filosofía, la herejía, el cisma, jamás hubieran logrado hacer una sola Hija de la Caridad. Y la Santa Iglesia católica, apostólica, romana cuenta en su seno *veinte mil*, un ejército que admira y provoca al mundo. Por doquiera amadas, por doquiera estizadas, por doquiera dedicadas á la castidad, á la pobreza, á la obediencia, y si es preciso, á la muerte.

En Paris, durante el sitio, cuarenta y siete Hijas de la Caridad cuidaban en Bicêtre á los soldados atacados por las viruelas. Ocho, heridas por la peste, sucumben en pocos días. Rendidas de fatiga, la mitad emponzoñadas por el aire pestifente que respiran, las treinta y seis hermanas restantes no pueden bastar para el servicio de la ambulancia. Pidense once nuevas y se presentan treinta y dos.

La Hermana Rosalia.—Tenia apenas quince años, y era de una belleza resplandeciente, cuando entró en el noviciado de las Hijas de la Caridad. Muerta á los setenta años consagró exclusivamente á Dios y á los pobres cincuenta y cinco años de su vida. Terminado su noviciado, fué enviada al Asilo de la calle de l'Épée-de-Bois, arrabal de Saint-Marceau, el barrio de Paris más pobre, más grosero, el más entregado á todas las sugestiones de las malas pasiones y que no abandonó jamás. Si llegaba á hablarse de los vicios que roían estas desgraciadas muchedumbres, respondia: «Son mis hijos, y si yo no estuviese sostenida por la gracia, sería peor que ellos.» Ejercia sobre todo el que se le acercaba un poder extraordinario, el poder de un espíritu superior y de un corazón animado del

ardiente amor de Dios y de los pobres. Los mismos incrédulos no la resistían, con tal que estuviesen dispuestos á dar: los ponía en presencia de necesidades tan grandes, tan formidables, tan crueles, que su bolsa se abría cada día más, hasta que en la hora marcada encontrábanse inundados de fe, de conocimiento y amor de Dios. ¡Cuántas almas habia así abierto á la gracia, obteniendo antes la abertura de las bolsas! No se contentaba con el concurso de las limosnas, pedia y obtenia el concurso de los corazones. Habíase dado numerosos auxiliares, damas, jóvenes, hombres juiciosos. Tenia un talento extraordinario para excitar el celo de los más indiferentes. La autoridad que tomaba en nombre de los pobres sobre todos aquellos que la rodeaban, creábanla inmensos recursos; también su caridad abrazaba todas las miserias que se dirigian á ella, y alcanzaba aliviarlas. Nada la espantaba; sabia encontrar siempre el medio de vencer los obstáculos que se oponían al bien. En las grandes crisis desplegaba un poder inconcebible. Siempre calmosa, aún fria en la apariencia, logró, como se vió en los cóleras de 1832 y 1849, como durante las jornadas de 1848, organizar medios de socorro al nivel de las mayores necesidades. Seria difícil enumerar los prodigios de caridad y misericordia que ha hecho. Pero, para dar una idea de ello, basta recordar que con una actividad prodigiosa pasó todos sus días, ocupada únicamente en el prójimo, sin otro reposo que el tiempo consagrado á la oracion. Y no era este el en que trabajase menos eficazmente, en su mision cotidiana de ardiente caridad. ¡Esplendor!

Las Hermanitas de los pobres.—Un humilde vicario de Saint-Serwan, pequeña ciudad de Bretaña situada frente Saint-Malo, el abate Lepaillieur, lleno de una tierna compasion por los pobres ancianos, fatalmente condenados á la mendicidad, ó mejor dicho á la vagancia, tuvo el pensamiento de fundar un asilo que les asegurase los socorros temporales y espirituales á la vez. Como no tenia ninguno de los recursos indispensables para esta creacion,

debió limitarse á espresar sus deseos á dos doncellas, penitentes suyas, en quienes habia descubierto las mismas aspiraciones. Las invitó á unirse y á estar dispuestas á responder al llamamiento de Dios. El reglamento que redactó para ellas contenia esta corta frase, que fué el punto de partida de una de las más bellas creaciones de la caridad católica: *Nosotras amaremos sobre todo el tratar con bondad con los pobres ancianos, achacosos y enfermos; nosotras no les rehusaremos nuestros cuidados.* Cuando llegó el momento, la bondadosa Providencia puso sobre el camino de las dos jóvenes otros dos ángeles de caridad, Juana Jugan y Fanchon Aubert, que les dieron asilo en un desvan que habitaban, así como á una anciana ciega que habian adoptado. Este fué el origen de la obra incomparable que ha como invadido el mundo. En el consejo del desvan se tomó al instante la resolucion de recoger el mayor número de ancianos. Las cuatro asociadas sólo podian pensar en ganar la vida de sus pobres por el trabajo; los cuidados que reclamaban su edad y sus achaques absorbian todo su tiempo. Hacer mendigar á los ancianos hubiese sido exponerles de nuevo al peligro de sus malas costumbres. El Padre las propuso hacerse mendicantes por ellos á la mayor gloria de Dios. ¿Quién hubiese pensado que esto seria para el naciente instituto un recurso inagotable? Y sin embargo desde este dia remediaron todas las necesidades de sus pobres por esta noble y santa mendicidad. Señalábaselas con el dedo, mofábanse de ellas, creábase en torno suyo un círculo de ridiculo y oprobio.

El número de sus ancianos, que aumentaba sin cesar, exigia imperiosamente nuevas *Hermanitas de los pobres*; éste es el nombre tan humilde como amable que recibieron, despues de haber añadido á los tres votos ordinarios de pobreza, castidad y obediencia, el voto particular de hospitalidad... Tenian tan gran certeza de que su ejemplo seria ampliamente seguido, que sólo cuidábase de fundar nuevas casas. Comprendiase, en efecto, al mo-

mento que la obra iba á tomar una extension milagrosa. El piadoso fundador apenas podia creer á lo que veian sus ojos, cuando veia con que rapidez se formaban los sujetos aptos para dirigir las nuevas casas y desempeñar los principales empleos. Eran éstas casi siempre pobres obreras ó simples sirvientas, transformadas por amor de Dios y del prójimo; cada dia abundaban más y más; los noviciados se multiplicaban y perfeccionaban; las Hermanitas de los pobres se formaban como por encanto. ¡Hoy su Congregacion, tan jóven todavia, compónese de *dos mil ochocientos miembros*, y estos 2.800 miembros encárganse de alimentar por sí solos, de consolar, de aliviar más eficazmente que no supieron hacerlo todas las administraciones, *á veinte mil pobres ancianos!*

¡Una sola cama dotada en un hospital cuesta *diez mil francos!* Las 105 casas, las 20,000 camas de las Hermanitas de los pobres representarían, pues, *doscientos millones*, y no han costado nada. Este es un mundo salido de la nada por la omnipotencia divina. Estas casas bendecidas son en el fondo el conjunto de todas las miserias imaginables. Pero del seno de esta pobreza que parte el alma, de estas enfermedades asquerosas, sale como un centelleo de dignidad, de dicha, de contento. Las almas son felices, ven y gustan á Dios. Las hermanas lo honran y aman en sus pobres, los pobres lo bendicen y aman en sus hermanitas, y nada es más suave y conmovidor que la expansion de todos estos pobres corazones felices, reposados, consolados, llenos de agradecimiento y esperanza. ¡Se les trata como niños, y toman su carácter, la franqueza de sus risas, su alegría, sobre todo su alegría. ¡Y cuántas conversiones milagrosas producidas por este espectáculo conmovedor hasta el exceso! Cuántas veces esta confesion espontánea se ha escapado del corazón: Tomad, madre mía, con vuestros pobres me abris la puerta del cielo: antes de conoceros, yo era un mal cristiano, y no amaba á los pobres; ahora amo á los pobres y al buen Dios!

¡Sí, una sola Hija de la Caridad tal como ha salido del

corazon de san Vicente de Paul, con su cofia, su toca, su jubon, su delantil y su rosario, su crucifijo y su calavera; una sola Hermanita de los pobres tal como se apareció en la persona de Juana Jugou; con su manto, su gorro, su ropa de virgen, su cordon, es un brillante esplendor de la fe! Qué decir, pues, de las veinte mil Hermanas de la Caridad, de las dos mil ochocientas Hermanitas de los pobres! Ejército glorioso de brillantes testimonios de la divinidad de la santa Iglesia católica, apostólica, romana. Ah! cuán celestiales son, al levantarse de la mesa santa, llevando en su casto pecho al divino Esposo que adoran, que sirven, que aman en los niños y ancianos adoptados por ellas!

En todos los siglos, y en el siglo diez y nueve más todavía que en los otros, esta santa Iglesia ha podido arrojar al mundo este fiero reto de san Pablo: ¿Quién está enfermo sin que yo lo esté con él? ¿Quién es aquel á quien el fuego del dolor ha alcanzado sin abrasarse el corazon? Si, en la demasiada larga série de miserias humanas, miserias del cuerpo y miseria del espíritu, no hay una sola á la cual no haya llevado el alivio y abierto un cielo. Sigamos, en efecto, rápidamente al hombre del seno de su madre al umbral de la eternidad, y probemos que por *Ella* el remedio está colocado siempre cerca del mal.

En su nacimiento.—Hospicios de maternidad. Sociedades de maternidad. Hermanas de Nuestra Señora de la Asistencia de las parturientas. Obra de las canastillas. Tornos. Hospicio de los niños expósitos. Obra de las nodrizas. Obra de la Santa Infancia, para el rescate, bautismo y educacion de los niños chinos.

De la cuna á la escuela.—Salas de asilo. Obra de damas protectoras de las Salas de asilo. Obra de adopcion. Obra de huérfanitas. Vestuario del Infante Jesús. Obra de la tutela de los niños expósitos y abandonados. Orfanatos agrícolas. Obra de los niños desamparados. Obra de campo para los niños pobres. Obra de la reconciliacion de niños desamparados.

De la escuela al aprendizaje.—Escuelas primarias de to-

das clases. Dotes pios para las escuelas primarias. Obra de la primera comunión. Obra de los catecismos y parroquias para el vestuario de niños y niñas de la primera comunión. Sociedades de colocacion, educacion y aprendizaje de los niños. Obra de la primera comunión y de la perseverancia de los artífices que arreglan las chimeneas para que no hagan humo y de los deshollinadores. Sociedades de educacion y enseñanza.

Del aprendizaje al taller.—Obra de los aprendicés y de los jóvenes obreros. Obra del patronato de los aprendices convalcientes. Orfanatos y obradores de muchachas pobres en la ciudad y el campo. Escuelas profesionales.

En el taller y en casa.—Asociaciones de jóvenes y de señoritas de comercio. Escuelas nocturnas. Asociacion de institutrices. Obra de los criados y sirvientes. Refugio para las jóvenes y mujeres sin asilo. Sociedades para enviar á su familia á las jóvenes sin colocacion y á las mujeres abandonadas por sus maridos. Obra de san Vicente de Paul. Oficinas de beneficencia. Damas de la Caridad de las parroquias. Demas de la Caridad de los distritos. Sociedades filantrópicas, medicales y suministradoras. Cajas de ahorros. Asistencia judicial. Obra del secretario de los pobres. Obra de rescate de los efectos empeñados en el Monte de piedad. Asilos de la buena noche. Sociedad de san Francisco de Regis para la rehabilitacion de los matrimonios civiles y religiosos. Sociedad de patronato para los acusados de deudas.

Achacosos.—Asilos de los pequeños y pequeñas atacados de males incurables. Hospitales de Berck-sur-Mer y de Forges-les-Bains para niños escrofulosos. Asilos y escuelas de sordo-mudos de ambos sexos. Asilos y escuelas de jóvenes ciegos. Asilos de los *Quinze-Vingts* para los ciegos. Sociedad para la enseñanza simultánea de los sordo-mudos y parlantes. Escuelas de tartamudos. Asilo de san Vicente de Paul para los epilépticos.

Enfermos.—Hospitales y hospicios generales. Hospita-

les y hospicios especiales. Fundaciones Monthyon para los convalecientes. Obras de los pobres enfermos. Obra de la visita de los pobres enfermos en los hospitales. Hermanas enfermeras á domicilio de los ricos y de los pobres. Socorros á los ahogados y asfixiados. Socorros de hospicio. Consultas gratuitas. Recetarios. Hospitales y asilos de locos.

Ancianos.—Hospitales y hospicios de la vejez. Asilo de santa Ana. Casa de retiro y asilo para los ancianos de ambos sexos. Casas de Hermanitas de los pobres.

Criminales.—Sociedades de patronato para los acusados por deudas. Sociedades de patronato para los jóvenes detenidos y los jóvenes libertados. Colonias y penitenciarias agrícolas para los jóvenes condenados. Obradores de jóvenes víctimas de una primera falta. Casas y obras del Buen Pastor. Obras de señoras y caballeros visitantes de prisiones. Congregaciones de hermanos y hermanas para el servicio de prisiones. Trinitarios y sacerdotes de la Merced para la libertad de cautivos en países infieles. ¡Documentos auténticos prueban que el número total de los infortunados librados de la esclavitud, de 1217 á 1632, alcanza la enorme cifra de un millón cuatrocientos mil, y que su rescate no costó menos de ocho mil cuatrocientos millones! (Vida de san Juan de Mata, por el R. P. Calixto de la Providencia, páginas 345 y 346). ¡Qué esplendor de la Fe!

Moribundos y muertos.—Sacerdotes de las últimas oraciones. Congregaciones de los hermanos del bien morir, para la asistencia de los agonizantes. Limosneros de los condenados á muerte. Órdenes y congregaciones de penitentes para la asistencia de los condenados á muerte. Hermanos sepultureros. Archicofradía de la buena muerte. Cofradía de Nuestra Señora de la Piedad por los muertos. Señoras auxiliadoras de las almas del Purgatorio.

¡Y cuántas obras especialmente consagradas á satisfacer las necesidades religiosas y morales de las poblaciones! Obra de los arrabales. Obras de las iglesias del cam-

po. Obra de los tabernáculos. Obras de las lámparas. Obra de la adoración del Santísimo Sacramento. Obra del descanso del domingo. Obras de la santa Familia. Obra de la doctrina cristiana. Obras de los estudiantes. Obra de los recién convertidos. Obras de la juventud. Obra de los clérigos de San Sulpicio. Obra de las escuelas apostólicas. Obras y sociedades de los buenos libros. Bibliotecas parroquiales. Obra de los Brétones, de los Alemanes, de Alsacianos, Flamencos, Ingleses, Italianos, congregaciones y cofradías de hombres y de mujeres, etc.

Viajeros peregrinos, etc.—¿Quién no admira el sacrificio de los Padres de san Bernardo, condenados voluntariamente á respirar un aire enrarecido y frío que devora su vida? ¿Quién no sabe el origen y la historia de la capilla de Nuestra Señora de los Ángeles en el bosque de Bondy, la de la abadía de Nuestra Señora de las Ermitas en Einsiedeln, de los numerosos monasterios erigidos en los lugares más salvajes de los Abruzzos, de las órdenes de caballeros de la Tierra Santa, etc., instituciones inspiradas con el solo objeto de defender la vida de los viajeros de las avalanchas, ó de los ataques de los bandidos, y las caravanas de los peregrinos de las rapiñas de los Árabes, etc.?

Los centros de acción que acabamos de enumerar son, en nuestra sola Francia, en número de más de veinte mil. Cada centro de acción cuenta por término medio diez cooperadores. Es, pues, un total de doscientos mil agentes activos de la caridad católica, prestando un oído atento y fiel á la voz de Dios que ha dicho: «Amad al prójimo como á vosotros mismos. Esforzaos en amarle como yo os he amado... Lo que hareis al más pequeño de los míos me lo hareis á mí mismo... Aquel que no ama al prójimo que vé, ¿cómo amar á Dios que no vé?»

¿Quién no se vé dominado del respeto á la vista de estos innumerables monumentos de la caridad católica, en que todas las enfermedades son curadas ó al menos aliviadas, en que los dolores sin esperanza son endulzados, en que la vejez indigente encuentra calma y reposo, en que el huér-

fano encuentra familia, en que son prodigados al desgraciado privado de razon cuidados que no sabe agradecer? Providencia visible de Dios sobre la tierra, la Iglesia católica podía sola mitigar los males de la humanidad que sufre. ¡Esplendor!

Capítulo décimosexto.—Duodécimo esplendor de la fe.—
En verdad, en verdad os digo: El que en mí cree, él también hará las obras que yo hago y mayores que estas hará.— Jesús acaba de celebrar la Pascua legal. Despues de haber amado tiernamente á los suyos, ha querido dejarles una última y excesiva prueba de su amor. Les ha dado su mismo cuerpo para comer, su sangre para beber, con los más sagrados derechos á la inmortalidad, á la resurrección bienaventurada, á la vision intuitiva, á la dicha eterna. Desahoga su corazon en sus corazones: «Yo voy á la casa de mi Padre, y voy á aparejaros lugar. Cuando esté aparejado, vendré otra vez y os tomaré conmigo, á fin de que allí donde yo esté, esteis vosotros... Yo soy el camino, la verdad y la vida. Nadie viene al Padre sino por mí. Yo estoy en mi Padre y mi Padre está en mí... Quien me vé, vé á mi Padre... Si no creéis en mi palabra, creed al menos en mis obras. En verdad, en verdad os digo: El que en mí cree, él hará tambien las obras que yo hago y mayores que estas hará, porque yo voy al Padre... Todo lo que pedireis á mi Padre en mi nombre os será concedido.» Jesucristo promete, pues, á sus apóstoles un poder igual y aun superior al suyo, y les indica el fin de este todo poder. Consiste en hacer milagros. ¿Qué milagros ha hecho Jesucristo? Los ciegos veían, los cojos andaban, los leprosos eran limpiados, los sordos oían, los muertos resucitaban, los pobres eran evangelizados, los demonios huían, una virtud se escapaba de su cuerpo y curaba todos los males. Será, pues, preciso que los apóstoles y los sucesores de los apóstoles hagan los mismos milagros y mayores todavía. Ved la profecía, ved el oráculo claro, brillante, sobrenatural, divino. ¿Se ha cumplido? Evidentemente, y al

pié de la letra. Los milagros de los apóstoles, mayores que los mismos de Jesucristo, han llenado y llenan el mundo. Estos milagros, además, son propios exclusivamente de la Iglesia católica, romana. Ninguna otra Iglesia trata ni de reclamarlos, ninguna tiene la pretension del milagro. Luego la Iglesia católica es divina y sola divina.

Jesucristo fué más explícito todavía el dia de su gloriosa ascension: «[Id, dice á sus apóstoles, por todo el universo y predicad el Evangelio á toda criatura.] Pues bien, hé aqui los prodigios que acompañaron á los que creyeron: «Arrojarán á los demonios, hablarán nuevas lenguas, cogerán impunemente serpientes, beberán mortales venenos sin que les dañen, impondrán sus manos á los enfermos y los enfermos serán curados.» El oráculo fué inmediatamente cumplido, porque san Marcos añade: «Y ellos salieron y predicaron en todas partes, obrando el Señor con ellos y confirmando su doctrina con los milagros que la acompañaban.» Este oráculo de Jesucristo, que los apóstoles harán los milagros que él ha hecho y mayores todavía, cuando se le añade la afirmacion por la cual san Juan termina su Evangelio, es verdaderamente abrumador. Hé aqui las palabras del apóstol: «Otras muchas cosas hay tambien que hizo Jesús, que si se escribiesen una por una, el mundo no podría contener los libros que se habrían de escribir.» Podriase ver alguna exageracion en el lenguaje hiperbólico del discípulo amado; pero es rigurosamente verdad que los apóstoles, han hecho los milagros de Jesucristo y mayores todavía.

Ya en el principio de su apostolado, despues del ruido que se oyó en el Cenáculo, la multitud se aglomeró en torno de ellos y permanece confundida, porque cada uno les oía hablar su lengua. «[Todos ellos son galileos, y sin embargo cada uno de ellos habla la lengua en que hemos nacido.] Hablar todas las lenguas juntas, es hacerse entender á la vez de los más diversos pueblos, ¡este es un milagro extraordinario! No leemos que Jesucristo lo haya hecho. ¡Y cuántas veces es renovado este milagro! Pablo